

REPERCUSIONES DE LA LITERATURA MEMORIAL FRANCESA EN ESPAÑA

ANNA CABALLÉ

Ante todo debo confesar que el título de mi comunicación, tal como figura en el programa, no se ajustará al contenido de mi intervención, mucho más modesta de lo que en un principio tenía proyectado. Porque mi propósito inicial era el de estudiar las influencias de la literatura autobiográfica y memorial francesa en España, pero eso se ha convertido en una especie de caleidoscopio repleto de formas sugestivas que, no obstante, no he logrado todavía cristalizar. La idea surgió después de encontrar numerosísimas referencias de escritores y críticos españoles sobre una misma situación que paso a exponer: la riqueza de lo que podría llamarse el aparato autobiográfico en las letras francesas —me refiero a cuadernos, diarios íntimos, memorias, correspondencias y todo tipo de anotaciones referidas a uno mismo—, contrastando esta abundancia con la escasez de tales manifestaciones en la literatura española. En alguna parte tengo escrita la relación de autores que integran las filas de esa pretendida constatación; relación que incremento continuamente además con nuevas aportaciones.¹ He dicho ya también que eso —o sea, el raleamiento de la literatura autobiográfica en nuestras letras— ha pasado a ser un tópico de la crítica literaria contra el cual nada puede hacerse como no sea el de oponerle, con el tiempo, la evidencia de una saludable continuidad.

Este lugar común, que en nada beneficia a la verdad de los hechos, se apoya, en parte, en los juicios de Ortega y Gasset cuando en 1925 reseña la publicación de las memorias de la marquesa de La Tour-du-Pin: *Journal d'une femme de cinquante ans* y a propó-

1. Véase mi artículo «Aspectos de la literatura autobiográfica en España» *Scriptura* (Lérida), 2 (1986), pp. 39-49. Y también: «Figuras de la autobiografía» *Revista de Occidente* 74-75 (julio-agosto de 1987), pp. 103-119.

sito de las cuales escribe: «Francia es el país donde se han escrito más memorias; España, el país en que menos.»² Idea compartida, en aquellas mismas fechas, por Gómez de Baquero, Corpus Barga, Guillermo de Torre, Jaime Torres Bodet, ... De modo que sorprenden sus afirmaciones de unos años después sobre el universo autobiográfico, cuando, al redactar el prólogo a la edición de sus *Obras Completas*, escribe: «Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo. No sé bien por qué, pero siempre he notado con sorpresa que cuando alguien de mi tiempo se complacía voluptuosamente en rememorar las cosas de la juventud o la niñez, yo no experimentaba goce alguno en esa inmersión y descenso a aguas pretéritas. Al contrario, el roce con la piel de mi pasado me repugnaba y toda la presunta gracia de la adolescencia y la infancia propias no ha logrado aún vencer en mí lo que tiene de cadavérico, de fenecido.» (1932: V). Tal actitud de Ortega ante el pasado, interesante por las inferencias que pueden obtenerse, provocará, años más tarde, una respuesta contundente de Rosa Chacel.³ Pero, volviendo a sus afirmaciones sobre la pobreza del género en España, dada la influencia intelectual ejercida por Ortega, lo considero a éste como el exponente de un estado de opinión ampliamente compartido por la crítica literaria contemporánea, hasta ahora mismo, como cualquiera de ustedes habrá tenido ocasión de comprobar: recuerdo cuando Francisco Umbral, con motivo de la presentación del primer volumen de la autobiografía de Salvador Pániker, *Primer testamento*, dijo que se trataba de un libro excepcional, sorprendente y que «inaugura un nuevo género en la literatura española» (*La Vanguardia*, 7 de marzo de 1985). Yo comprendo la necesidad de estimar, incluso de sobreestimar, que se le presenta a quien se ve forzado al elogio, pero... hay cosas y cosas y ésta demuestra una manipulación, innecesaria a mi juicio, de la realidad literaria. Es una situación que de ninguna manera se producía en la literatura y la crítica españolas del siglo XIX, donde encontramos abundantísimas referencias que prueban lo contrario: es decir, en el siglo pasado era un lugar común referirse a la profusión de libros autobiográficos, que, en efecto, inundaban el caprichoso mercado editorial, en especial a raíz de la publicación de las *Memorias de un setentón*, de Mesonero Romanos (primera edición en 1880). Pero mucho antes, sobre 1835, Larra había sostenido ya una opinión más bien crítica e irónica, cuando no abiertamente despreciativa, respecto de los escritores memorialistas, a los que acusa de extorsión («escritos para hacer fortuna a

2. Ortega y Gasset, en «Sobre unas Memorias» en sus *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, III, p. 588.

3. En la revista *Sur*, dirigida por Silvina Ocampo, Rosa Chacel se queja: «... me ha causado verdadero desconcierto esa repugnancia de Ortega por el recuerdo» («Respuesta a Ortega», julio-agosto de 1956, p. 109).

costa del escándalo») y falta de talento.⁴ Lo que, indudablemente, refleja el predicamento popular de que gozaban.

Al margen de cuál sea la valoración de la propia producción autobiográfica, lo cierto es que la influencia francesa sobre esta modalidad literaria es un hecho: los textos autobiográficos del duque de Saint-Simon, de J.-J. Rousseau, de H. F. Amiel, de María Bashkirtsef o de André Gide, por dar algunos nombres, gravitan sobre las letras españolas e hispanoamericanas condicionando en cierto modo su evolución (pienso en José Martí, en Unamuno, en Cernuda). Porque el desarrollo del género en España se somete, al menos teóricamente, a unos modelos que le son ajenos —por temperamento, como se ha dicho; tal vez por el clima como también suele argüirse; o por educación—. Fuere lo que fuere, el modo hispánico de escribir sobre uno mismo no coincide con el que suele practicarse en Francia, por ceñirme a la dialéctica que quiero establecer aquí entre los dos países. Y ello explicaría quizás las discordancias de los textos autobiográficos españoles respecto de los galos. Y también que surja la idea de «como no es igual, no existe» que goza, como ya he dicho, de tanta aceptación. Pues, efectivamente, hablando en términos muy generales, hay notables diferencias entre unos y otros, lo que no significa más que las posibilidades de apertura y realización que ofrece el género y no, como se ha hecho, una especie de *ranking* o de clasificación de quienes son mejores o peores en dar testimonio de sí mismos.

Para ilustrarlo, voy a ceñirme a dos obras autobiográficas, una española y otra francesa, que se publican, ambas, en el siglo XVIII, es decir, en el período de consolidación del género (que ya había ofrecido tempranas manifestaciones en España, con las autobiografías de soldados o en la *Vida* teresiana). Sin embargo, las repercusiones de una y otra —me refiero a la *Vida* de Torres Villarroel y las *Confessions* de Rousseau (publicadas entre 1782 y 1789)— serán muy distintas.

La *Vida* de Torres Villarroel, cuyos cuatro primeros *Trozos* se publican mucho antes, en 1743, fue considerada durante mucho tiempo como la postrera manifestación de la novela picaresca (así se mantiene, por ejemplo, en las historias de la literatura de J.L. Alborg, Joaquín de Entrambasaguas o Valbuena Prat), apoyándose en que se trata: *a*) de un relato escrito en primera persona, *b*) que se articula (o parte de él) en torno al servicio a varios amos, y *c*) que está escrito en un tono jocoso e intencionado. Es asunto que no voy a tratar, pues de sobra lo han hecho con gran acierto Eugenio Suárez Galbán, Juan Marichal y Russell P. Sebold (y antes, e

4. En «Memorias originales del Príncipe de la Paz», dos artículos publicados por *El Español* en septiembre de 1836. No obstante, en ambas colaboraciones reclama Larra consideración para las *Memorias* de Godoy.

iniciando el despegue de la *Vida* torresiana respecto al género picaresco, Arturo Berenguer Carisomo en su *Historia de la literatura española* publicada en Buenos Aires, 1963). A estas alturas el criterio de considerar la *Vida* de Torres Villarroel como una narración más del género picaresco ha quedado desechado por completo.⁵ Pero importa subrayar la significación del hecho: Torres Villarroel escribe su *Vida* casi 20 años antes de que el ginebrino Rousseau decida hacer lo propio y, sin embargo, su valor introspectivo y autorreferencial —que es como decir su modernidad literaria— se ha visto, hasta hace poco, erróneamente interpretado. Torres Villarroel, el Piscator salmantino, no es un pícaro, ni un santo, ni un soldado, ni un noble, pero emprende la tarea de relatarnos su vida por las mismas o parecidas razones que las que tendrá Zorrilla —pongo por caso—, o cualquier politicuelo de la actualidad. Es decir, por dinero, por justificación de la propia conducta, por vanidad, por salir al paso de opiniones contrarias y, en el fondo, por la necesidad que muestra el hombre moderno de buscarse a sí mismo en la falta de unidad en que suele desarrollarse la vida. Pero lo cierto es que son varias las motivaciones autobiográficas que se entrecruzan en el prólogo sin que ninguna de ellas alcance verdadera autonomía y ello nos da idea, en cierto modo, de la escasa profundidad intelectual que transmite la escritura torresiana. La obra, decíamos, presenta notables diferencias con las *Confesiones* de Rousseau, aunque ambas tengan mucho en común: 1) estar escritas en primera persona; 2) presentar un relato cronológico de los hechos biográficos; 3) alternar el tono elegíaco con el picaresco, y 4) perseguir obsesivamente la justificación ante el lector (pues en ambos casos su reputación se halla en entredicho). Ello les lleva a un continuo tira y afloja en la presentación que de sí mismos llevan a cabo los dos escritores: las muestras de autoempequeñecimiento y excesiva humildad —que prueban su necesidad de conmover al lector, de hallarlo con ánimo benevolente y predispuesto a la comprensión— se alternan con pasajes de consciente reivindicación y autocomplacencia. Aunque en este aspecto la personalidad de ambos escritores sea muy distinta y configure dos estilos, dos escrituras, dos modos, en fin, de presentar la realidad (que resulte, eso sí, favorecedora de algún modo respecto a quien la describe).

Veamos un ejemplo. El primer capítulo de la *Vida* torresiana se centra en el relato de sus ascendentes a los que, teóricamente, no escatima críticas y reproches, cuando dice, por ejemplo: «Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia; no dudo que

5. Como también ha ocurrido con los escritos autobiográficos de Cadalso, editados por Nigel Glendinning y Nicole Harrison en 1979 (Londres, Tamesis Books), que algunos han relacionado estructuralmente con el *Lazarillo* y la técnica picaresca sin que haya, a mi juicio, razón para ello.